

Blanca Riestra

Madrid blues

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Blanca Riestra, 2008

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-6284-8

Depósito legal: M. 15.833-2008

Fotocomposición EFCA, S. A.

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	LO PROHIBIDO
35	LO OSCURO
55	LO TERRIBLE
77	GERMÁN Y JUSEF
97	LA MELANCOLÍA DEL FÚTBOL
127	UN MIÉRCOLES CASI NORMAL
179	BAILANDO DE ESPALDAS A LOS OTROS
211	EL ALEPH
233	EPÍLOGO

«Escucha cómo llegan los instantes
sobre sus asnos sonoros.»

JUAN LARREA

LO PROHIBIDO

SIEMPRE he pensado que Madrid está hueco, recorrido por alcantarillas donde navegan las ratas, por túneles donde mendigos juegan al mus. Mientras yo escribo esto, la ciudad, como bestia caprichosa, se desprecia. Las ciudades son un poco así, cuerpos vivos que duelen, que se expanden como galaxias.

Estamos a principios de marzo. La Gran Vía resplandece bajo el sol simulando un esplendor que todos creen, incluso yo. Y es que en estos momentos algo se gesta, un demonio interior se insinúa, pero casi nadie sabe de sus ademanes callados. ¿Cuánta gente era consciente aquel domingo siete de marzo de lo que se avecinaba? Probablemente sólo un puñado de personas, ¿quince hombres?, ¿dos mujeres?

VIOLETA estará mirando por la ventana de la oficina. A través de los cristales sucios se ve Callao, magnífico bajo el sol de fin de invierno. Ella sólo deja que el sopor de la siesta se disipe. A su alrededor

oye ruido de teclados, la máquina del café barrunta, coletea alguna discusión intempestiva y se escucha, en fin, el ir y venir de los otros, que hoy parecen sumidos en una profunda soñolencia de domingo.

Ojea el periódico. Ha muerto en Haití el enviado especial de Antena 3, y, en Madrid, la hija mayor de Adolfo Suárez. Qué más. Las encuestas dicen que el PSOE acorta las distancias. Han detenido a Manolito, el hijo del patriarca del clan de los Charlines.

Violeta se estira. Y, ahora, envueltos en un ansia que hasta ella misma no comprende, sus ojos vagan por los últimos pisos del edificio de la Telefónica, contra el atardecer.

Más abajo, la calle bulle, atestada de peatones vestidos de color, vendedores de lotería, oficinistas, adolescentes, amas de casa. Su pie derecho —descalzo y con las uñas pintadas de oscuro— juguetea debajo de la mesa con su tobillo izquierdo. De vez en cuando se oye el chasquido de su mano deformando un clip. No se da cuenta de que el tiempo, como dinamita, late. Hoy es siete de marzo de 2004 en Madrid, en estos momentos la ciudad más luminosa y más oscura del mundo.

El ascensor alfombrado la deposita en la calle como de milagro. En el portal, lleno de espejos, no puede escapar al reflejo de su figura, no exactamente falta de gracia. Ve su rostro que empieza a afinarse como una gota y aquellos zapatos caros escarlatas que ama y odia al mismo tiempo como a sí misma.

Germán dice que los zapatos son los nuevos cilicios del mundo moderno, una especie de instrumento de adoración y de tortura. «Te los pones para no poder escapar.»

Y es que así empiezan las historias. Un teléfono suena y alguien contesta. O alguien abre una puerta y sale hacia su destino. O también: alguien nos llama a gritos desde la calle y acudimos. Sobre esto iba reflexionando cuando entró en la calle Luna y después en la del Pez, eludiendo a los chulos y a las putas, a los estudiantes, a las maris, hasta llegar a la plaza de San Ildefonso.

Allí vive desde hace un par de meses, más sola que la una, en un piso antiguo no muy grande, un tercero sin ascensor, con techos altos, portal cutre y dos balcones al corazón de Malasaña. Es lo único que ha podido permitirse. Y, en cierto modo, a Violeta le gusta la blancura del piso encalado, su desnudez. Pero no le gusta el bullicio nocturno, los vómitos en la calle y los cascos de cerveza por la mañana los domingos. Malasaña es un barrio raro, piensa.

Sube lentamente las escaleras y, tras sortear a un gato negro, llega hasta el rellano. En un afán decorativo, su amiga Celeste, que pretende ganarse la vida como «arquitecto de interiores» (Violeta se ríe), ha instalado frente a su puerta un velador con una fuente de manzanas. La mitad de las manzanas ya ha desaparecido, en una dinámica que parece lógica, casi

reconfortante. La otra mitad empieza a perder su lozanía, como el mundo.

AL otro lado de la calle, el marido de la señora Sira estará adentro amañando el frigorífico. Se oye desde lejos su silbido desacompasado. La señora Sira abre el periódico y pasa de largo el accidente de tráfico en la carretera de La Coruña, la huelga de los científicos en Francia, el semblante de la mujer del candidato socialista, y pasa, en fin, de largo una extensa carta del presidente en funciones que empieza así:

«No soy candidato en estas elecciones. Lo prometí y lo he cumplido. Dentro de pocas semanas me iré de este despacho. No voy a sentirme liberado porque nadie llega obligado a la Presidencia del Gobierno. Pero sí me voy a marchar a gusto con mi país y honradamente satisfecho de dejarlo —creo— algo mejor de como lo encontré...».

A la señora Sira aquello ni le va ni le viene, pasa de largo los dimes y diretes, levanta la cabeza y busca el autodefinido. Aunque, como siempre, cuando llega a la contraportada, se encuentra que ya el crucigrama está hecho. Otea en torno a sí buscando algún culpable, pero nadie le devuelve la mirada. Sólo entonces se da cuenta de que la fregona gotea ante sus pies, que ha dejado entornada la puerta de la calle.

Más. En la barra un par de vecinos apuran unas cañas. Por ejemplo, el de la tienda de al lado ha pedido un pacharán. En el fondo, Milú, el negro, siempre solo, bebe una fanta mirando al infinito. Y entonces la señora Sira palmea su regazo y se levanta. Y, asomada al quicio de la puerta, escruta el cielo que todavía está azul y apenas ve a la vecina del segundo. Aquella chica de pelo oscuro. Está asomada a la ventana y fuma sola.

MILÚ deja las monedas sobre la barra, cerca del vaso vacío. Recoge del suelo la bolsa donde sólo lleva un álbum de fotos, un tupperware vacío, un casco que le ha prestado el capataz, y sale por la puerta, sin decir adiós. Milú es un hombre alto y guapo con piel del color del ébano. Mientras se abre camino entre la gente que desciende hacia la plaza del Dos de Mayo va pensando.

Algún día tendrá que hablar, se dice. Y es que el viejo le pregunta cada vez con más insistencia qué ha sido de Kabir y ya la cosa se va haciendo insostenible. Han pasado casi dos años desde aquello. Todo podría ir tan bien... Pero el padre insiste e insiste:

«¿Por qué no me llama Kabir nunca? ¿Le pasa algo?».

Y Milú siempre responde:

«Está en el monte, o está en el mar, o está muy ocupado preparando unos exámenes...».

Cosas así, que el pobre viejo va tragando mientras Milú cree que lo inevitable se abrirá camino poco a poco en su pecho. «Menuda vida —piensa Milú, mientras camina por esta ciudad que no es la suya— Va a llegar un momento en que tendré que hablar.»

Y él lo escuchará, acodado sobre el mostrador del ultramarinos de al lado de la casa, en la barriada del norte de Dakar. Y quizás no diga nada porque ya lo sepa todo. Milú puede imaginarlo: con sus anteojos de latón, atados con esparadrapo, y el traje desparejado y algo corto. Igual que el día en que se fueron. Sólo que quizás algo mayor. Lleva todavía la camisa antigua, gastada de tanto lavarla, abotonada hasta el cuello, y los pies sarmentosos en sandalias. Había creído que el futuro sería de sus hijos: Milú el electricista, Kabir el estudiante de Económicas. Y ¿dónde había quedado aquello? Un sueño hecho añicos. Uno de esos vasos que se estrellan contra el suelo.

Milú se dirigió decidido al locutorio, donde una boliviana gruesa calcetaba.

—Buenas —le dijo al verlo llegar, levantando los ojos lascivos de su labor de punto.

Y Milú, rebuscando en el bolsillo calderilla, dejó la bolsa en el suelo y luego se dirigió hacia la cabina del fondo. Cerró la puerta de madera mala. El auricular estaba caliente todavía. Olía a tabaco y a colonia. Alguien había escrito sobre la repisa un número de teléfono con muchos prefijos; otro había dibujado una polla muy grande con ojos y con dientes; otro más,

romántico éste, había garabateado un corazón con una inscripción dentro que decía: «Te quiero, Lola».

El timbre retumbó metálico unos segundos y Milú carraspeó.

—Padre —dijo mientras una voz de viejo resonaba en la lejanía.

—Aló, ¿quién llama? ¿Eres tú? ¿Kabir?

«QUÉ tarde tan luminosa de fin de invierno», piensa Violeta mientras la señora del bar de enfrente friega, con parsimonia, su trozo de acera. Bebe licor de hierbas de una petaca que lleva siempre en el bolsillo del delantal. Siempre está un poco borracha, pero no se le nota mucho.

La señora Sira ya ha olvidado la sopa de letras, ahora tiene preocupaciones con los suministros. Piensa que el nuevo mozo, un chico nuevo ecuatoriano (claro, estos emigrantes, ya se sabe, no son honrados como nosotros...), está sisando y ella no sabe qué hacer, si decírselo al marido o guardarlo para sí, que acaso se equivoque. Pero luego pasa un coche, y la señora Sira recuerda de pronto un prado verde muy verde, de un verdor casi vano por el que corría de niña, muy lejos, en Sigüeiro, y es como si viese de pronto el sinsentido profundo de su vida.

Aquella tarde de marzo olía como huele Madrid cuando el invierno empieza a disiparse. Olía como huele Madrid un domingo en que hace bueno. A carbonilla, a orina, a árbol florecido. Violeta arrimó

una de las sillas a la ventana y, cubriéndose con una manta, se puso a dormir al amor de la tarde de domingo. Trataba de olvidar el incidente de la mañana en el Retiro. Todo estaba revuelto y crispado, una madeja de rabia negra y espera negra...

Ayer mismo Aznar comparó al candidato de la oposición con Hitler, hoy Bassi tildaba a los peperos de fascistas. Violeta se estremece: «¿Y a mí qué me importa?». Se rasca el cogote. Ni siquiera iba a votar esta vez, a pesar de la guerra y esas cosas. Y es que no le interesaba tener razón, ni el bien y el mal empaquetados en bandejas como fruta. Se rió un poco, pero había en su risa algo de tristeza.

Y mientras tanto, Jusef, sentado en un banco de una plaza, leía un *País* viejo de tres días. Jusef se saltó las noticias desenfadadas, prolijas, las páginas consagradas a la guerra, y fue directamente a la sección de cotilleo, en la que un torero y una rubia teñida sonreían. Luego echó una mirada superficial a los anuncios por palabras, sin poder evitar cierta fascinación por las variopintas ofertas sexuales que allí se ilustraban. «Ama busca siervo... casada rellenita..., chico busca chico.» Jusef suspiró y luego, tras doblar el periódico, lo volvió a dejar donde lo había encontrado, en la basura.

Ojeó una, dos veces las manillas del reloj de la farmacia del Globo. Romualdo llegaba tarde, como siempre. Miró a un lado y a otro. Y al fin vio su figura avanzando por el arranque de la calle Atocha. Ves-

tía pantalón de deporte y llevaba la mano izquierda apretada en el bolsillo.

Jusef lo recibió estrechándole la otra. Romualdo parecía traer malas noticias.

—Ya no lo encuentro.

—Pero ¿no iba a entregarte los papeles este sábado?

—Pues han desmontado el chiringuito.

Jusef estaba furioso:

—¿Y lo que te di?

Iban renqueando por la calle Santa Isabel. Romualdo lo había tomado del hombro para calmarlo. Jusef buscaba, sin hallarlas, las palabras en el fondo de su boca. Una mujer empujando un carrito los hizo bajarse de la acera.

—Pero te puedo dar esto.

Y Romualdo sacó de su bolsillo un envoltorio.

Jusef desempacó con avidez aquel hatillo de papel de estraza que pesaba. Al ver el cuerpo negro y frío, lo cerró de nuevo. Jusef se volvió hacia Romualdo sin entender. Pero, después, tomando el paquete, lo metió, desenvuelto, en su chaqueta.

MADRID lucía fresco en aquellas primeras horas de la noche. Con sus taxis libres, sus octavillas electorales inundando las aceras, sus pandillas de pijos perfumados, sus punkies sentados en los portales y todavía sobrios. Violeta amaba Madrid con desesperación, como uno ama el veneno que le mata. Ama-

ba la polución, el tráfico desordenado, la desenvoltura de las marujas y la sonrisa de los polis, casi todos jóvenes, casi todos de Parla o de Vallecas.

Y ya se sabe. Las calles de Madrid resplandecen en esa hora en que la noche parece nueva: la hora en que abren las salas de baile de Alcalá y empiezan a fluir las colas de viejas endomingadas con ganas de enfilarse en una lambada.

Violeta caminó con parsimonia. La Gran Vía la conmovía siempre con sus neones polvorientos, su bullicio intemporal. Se detuvo en la Red de San Luis y dio un par de molinetes, como si quisiera atrapar esa calidad de luz que desprenden las aceras cuando cae la noche. Hacia la derecha, se presentaba el bosque del Retiro; hacia arriba, Callao y las viejas salas de cine, enmoquetadas, recorridas por los ratones, y los edificios señoriales convertidos en prostíbulos baratos.

Los raterillos de Madrid Rock empezaron a fijarse en ella y Violeta decidió que era mejor no detenerse. Tomó la calle de la Montera, paraíso de la pequeña delincuencia. Le gustaba caminar a través de aquellas arterias cálidas y picantes como el chile. Todas las putas eran de su edad o más jóvenes, negras, rusas, hispanas, amarillas, con los gruesos muslos repretados en ligeros y plataformas de corcho o de madera. Los chulos se mantenían a una distancia prudencial hablando por el móvil en idiomas extraños. Planificaban negocios, regateaban precios.

Pasó a su lado una pandilla de diez chicos. Borrachos, muy ruidosos, disfrazados con sábanas. Violeta se volvió para mirarlos. Parecían muy jóvenes y un poco perdidos, casi melancólicos, como si la obligación de divertirse fuese para ellos una losa pesadísima.

A la altura del cine Acteón, una mulata retuvo su mirada. Tenía el pelo, muy rizado, recogido en una trenza. Sus ojos coincidieron sólo por un instante, pero Violeta por alguna extraña razón se sintió completamente desarmada, como si alguien le hubiese robado algo. Se arropó dentro de la gabardina y la dejó atrás. Pero los ojos de la mujer la siguieron hasta el final de la calle. Y Violeta comprendió que, como ella, la mujer estaba sola.

Los chicos empujaron la puerta de nombre sugerente. Una rusa muy gruesa con pechos operados los recibió, besándolos en las mejillas. Tenían una reserva para nueve. Ramoncín, el homenajado, no se sentía muy bien, pero no dijo nada.

Los sentaron muy cerca del escenario. Lucas pidió que les sirviesen vino achampanado. En el fondo había otro grupo de maduritos, posiblemente gente de empresa celebrando un contrato. Un tipo que parecía el jefe palmeaba a su vecino medio calvo y Ramón se sintió triste. Pero apuró su vaso frío y espumoso.

Miró alrededor: sus amigos parecían exultar. Era domingo, un día como de fin del mundo para una

despedida de soltero. Se levantó. Necesitaba tomar el aire. Los dejó berreando en la sala enmoquetada, con olor a semen y a tabaco. Madrid, allí fuera, estaba fresco y rozagante, ajeno a todo.

VIOLETA demoró lo que pudo la llegada al bar, que, en la distancia, despedía como un resplandor de otro mundo. Caracoleó por la acera y bajo los andamios, dejando atrás la Dolores. Los Gatos es una especie de museo del piojo, en los aledaños de la calle León, lleno de banderillas y muletas, abarrotado de grupos de adolescentes, de treintañeros, de funcionarias del vecino ministerio, de sindicalistas con perilla. Había también una madre que acunaba a su bebé y un grupo de señoras que parecían viudas o suegras o las dos cosas. Y, en una esquina, un barbudo, con una camiseta verde, discutía con un cojo muy bajito. Allí estaban, en el fondo del local. Respiró hondo, repentinamente intranquila, y se abrió camino con ayuda de los codos.

Arrimada a una vitrina con reliquias del torero Manolete, Marga, la fotógrafa, se pavoneaba llena de collares. A su lado, Carlos, sin afeitarse, parecía realmente de malas pulgas. «Ha envejecido», pensó Violeta. Aquello la apenó, como si, en cierto modo, el envejecimiento de Carlos fuese un poco parte de su propia decadencia. Tenía los ojos fruncidos y pequeños, y las comisuras de los labios, tristes. Su camisa estaba arrugadísima, como si se hubiese quedado

dormido con ella puesta. Fumaba con desdén un pitillo, cubriéndolo con la palma de la mano.

Mientras escuchaba a Marga cloqueando, los ojos de Violeta se fijaron en la espalda de Carlos, nervuda, frente a la barra. Y sintió de nuevo aquel rechazo poderoso.

A través de la ventanilla del dos se veía el frenesí cálido de la ciudad que atardecía. Milú toqueteó en su bolsillo el bonobús. En la radio tanguaba una canción electoral. Se bajó al final de Goya, delante de Rodilla, y fue caminando lentamente, respirando el aire de las primeras horas de la noche. No tenía prisa por subir al piso minúsculo, lleno de discos piratas y bolsos falsos, donde le esperaba el pollo colombo y el arroz con tomate, y sus cinco compañeros, cada uno con sus problemas. Por eso vagó por las inmediaciones de la plaza, traspasó la cancela del parque Eva Duarte de Perón y se sentó en un banco mal iluminado, dulce de olor a orina y a tierra fértil, dejando que las angustias del día se fuesen diluyendo.

A esas horas, ya casi no recordaba el rostro del capataz español que no les daba arneses de seguridad, ni el rostro del contable que nunca les pagaba lo convenido pero, luego, los abrazaba y se reía. Rebuscó en su bolsillo y sacó con reverencia los últimos pistachos. No podía evitar tener pensamientos solemnes a esas horas. Y, a pesar de todo, miró al cielo de Madrid y suspiró porque reinaba en aquella ciu-

dad como un placer inmenso y contagioso. Y Milú sonrió y, enderezándose, empezó a caminar rumbo a casa, mientras alguna chica, haciendo jogging, lo adelantaba y algún vendedor de crack le hacía señas desde debajo de los árboles de marzo.

MIENTRAS en Madrid, aquel domingo, caían los últimos peones y, en el corazón de algunos, fuerzas negras combatían, los madrileños bebían vino o cerveza, se enamoraban de otros, terminaban la semana.

También ellos bebieron hasta muy tarde y luego caminaron lentamente por las calles húmedas. Javi Fierro engarzaba anécdotas de empresa, chistes verdes, simpáticas aventuras en la costa de Tarifa. A casi diez pasos por delante, caminaban separados Marga y Carlos. Marga tarareaba una canción de moda, Carlos, que parecía estar en otro lugar, fumaba en silencio y, en una o dos ocasiones, Violeta cazó al vuelo su mirada un tanto turbia.

—No importa quien gane —dijo Carlos—. La liga de este año no es una verdadera liga, es como una especie de liga disfrazada, una especie de pachanguita, la inauguración de una nueva era en el fútbol mundial, que no sé si será mejor o peor, pero sí completa y absolutamente diferente.

Javi Fierro lo negaba.

—El fútbol es un negocio y lo será siempre. La hija de Gil, que fue a mi colegio, Santa María de los Rosales, me decía a veces...